

textos sagrados como la crítica a los españoles peninsulares. Estas situaciones muestran la fuerza de la circulación de la información y del proceso comunicativo en sí mismo.

Sin lugar a dudas, la obra *Opinión Pública y censura en la Nueva España* viene a dar un aire nuevo a la historiografía novohispana e hispanoamericana. El libro de Gabriel Torres Puga contribuirá a romper muchos mitos ampliamente aceptados y repetidos. Es un buen ejercicio de historia cultural con un bien centrado enfoque en la historia de la cultura política, en donde llegamos a familiarizarnos con las personas de carne y hueso que vivieron diversas experiencias de la vida política, social y cultural que agitaron las calles, casas y tribunales, así como las conciencias de los muy complejos componentes del tejido social de aquellos tiempos en los que se crearon las condiciones para la ruptura definitiva con la España peninsular.

Natalia Silva Prada

BRIAN CONNAUGHTON, CARLOS RUBÉN RUIZ MEDRANO (coords.), *Dios, religión y patria. Intereses, luchas e ideales sociorreligiosos en México, siglos XVIII y XIX. Perspectivas locales*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2010, 264 pp. ISBN 9786077601364

Dentro de las líneas que con tanto talento, erudición y cariño trazara Luis González y González en *Pueblo en vilo*, sabemos que parte del encanto de la historia local es que es ajena a la “gran” historia patria, de constituciones y leyes, de grandes confrontaciones ideológicas, de políticos y generales. Creemos que la historia local revela, en las vivencias íntimas de las comunidades, la trama de lo que realmente “preocupaba y ocupaba” a los mexicanos que, hasta bien entrado el siglo xx, habitaban en

su mayoría en espacios rurales y pueblerinos. *Dios, religión y patria* también rescata el entramado de relaciones inmediatas, los conflictos cotidianos, las visiones y percepciones de las comunidades de una región de frontera de la intendencia de San Luis Potosí durante un periodo de transición, entre los siglos XVIII y XIX. En este espacio geográfico y cronológico, los “eventos determinantes” de la historia nacional –como la independencia, o la guerra contra Estados Unidos– representan más bien hitos, y no necesariamente rupturas, dentro de procesos largos y complejos. Sin embargo, en este libro las “perspectivas locales” no son introspectivas, sino que arrojan luz sobre desarrollos amplios e intensos, que en mucho rebasan las fronteras de lo nacional, como la secularización, la consolidación de una autoridad civil sin fundamentos trascendentales, y la conformación de identidades nacionales.

Este libro abona el terreno fértil que ha desbrozado, desde hace algunos años, una historiografía renovada sobre la Iglesia y el catolicismo en la Nueva España y en México.¹ En el contexto de las complejas realidades regional y local potosinas, y de la muy particular geografía de lo que era una tierra de conquista y de misión, los distintos artículos aterrizan procesos que muchas veces se nos presentan abstractos y coherentes, por marcar un antes en que las autoridades espiritual y temporal caminaban de la mano, y un después en que el Estado laico había encerrado a la religión dentro de los templos y de las conciencias, y por involucrar a actores monolíticos con visiones y objetivos defini-

¹ Véanse, entre otros, William TAYLOR, *Magistrates of the Sacred. Priests and Parishoners in Eighteenth Century Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 1996; Brian CONNAUGHTON, *Ideología y sociedad en Guadalupe, 1788-1853*, México, Conaculta, 1992; Manuel CEBALLOS, *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum novarum, la cuestión social, y la movilización de los católicos mexicanos, 1891-1911*, México, El Colegio de México, 1993.

dos, consistentes y transparentes. Así, los textos que tratan las postrimerías del periodo virreinal muestran que la mancuerna que conformaban las autoridades civiles y religiosas novohispanas para asegurar que se viviera como Dios manda, de ninguna manera aseguraba el consenso y la armonía. Al contrario, “el complejo entreveramiento entre lo cotidiano y lo eterno, lo mundano y lo trascendente, lo particular y lo universal, lo profano y lo sagrado” daba a los conflictos –por dinero, por imponer la autoridad, por asegurar las precedencias; en defensa de la autonomía o de visiones propias de lo que debía ser la relación con la divinidad– un cariz peculiar y el peso emotivo de quien “combate [...] por sus creencias más íntimas” (pp. 11-13).

De este modo, los artículos describen las disputas sordas y recurrentes y los encontronazos explosivos que enfrentaban a las autoridades civiles con las eclesiásticas por el privilegio del asilo eclesiástico, o a un cacique que en San Luis Colotlán defendía el derecho de los habitantes a vivir “todos alegres y conformes con la propia libertad que antes tenían”, frente a los esfuerzos del párroco por promover una religiosidad recatada e ilustrada (p. 63). Los bienes y “dineros de Dios” –que todos creían poder administrar mejor que el prójimo– fueron a menudo objeto de disputas que enfrentaban a clérigos regulares y seculares, a propietarios y a comunidades indígenas, mostrando ser particularmente duchos para navegar estas aguas revueltas los influyentes y bien conectados carmelitas, como muestra Mónica Pérez Navarro. Si los políticos del Estado nacional deploraron este traslape de jurisdicciones, de prerrogativas y privilegios y de espacios para dirimir desacuerdos, que consideraban fuente de desorden e incertidumbre, estos artículos describen más bien un panorama en el que se multiplicaban las oportunidades para que los involucrados recurrieran a múltiples estrategias y dibujaran visiones distintas de lo público, en una negociación que no se clausura con la independencia, como

demuestra el análisis que realiza Juan Carlos Sánchez Montiel del traspaso de los bienes de cofradías a los ayuntamientos constitucionales en Rioverde.

Los artículos que se ocupan del siglo XIX reseñan los deslizamientos, acomodos y quiebres que se dan en el tránsito de colonia a nación, más dentro de la lógica de procesos anteriores que las que parecen imponer primero la crisis de la monarquía y después el orden liberal. Así, el protagonismo del clero regular durante la guerra de independencia, que estudia Felipe Durán Sandoval, se debería, más que a una visión “clerical” de la crisis que asolaba a las conciencias en los dominios del rey de España, a la posición ambigua que ocupaban los frailes potosinos, asediados por los embates de la política reformista de los Borbones, al tiempo que seguían representando figuras de autoridad en el seno de la sociedad potosina. Consumada la independencia, las cosas de Dios siguieron ocupando un lugar central, asumiendo los clérigos –a veces con una capacidad de adaptación sorprendente– un papel importante como difusores y promotores de los valores del nuevo orden. Sin embargo, al mismo tiempo, los clérigos intentaron, como reseña Graciela Bernal Ruiz, deslindar las cosas de la Iglesia de las del Estado, representando las cuestiones del patronato y del fuero los pararrayos de esta contienda.

La guerra en contra de Estados Unidos en San Luis Potosí, que exploran Flor de María Salazar Mendoza y Sergio A. Cañedo Mendoza por una parte y Peter Guardino por la otra, ponen de manifiesto, en versión exacerbada dado lo crítico de la situación, la forma en que se habían desarrollado, para mediados de siglo, estos dos procesos a un tiempo encontrados y vinculados: la religión representaba sin duda un elemento medular de la construcción nacional, y era objeto de jalones entre las distintas instancias que reclamaban autoridad sobre lo público. Por esto la guerra fue percibida como una lucha religiosa, no sólo en

la agredida nación católica, sino también por los soldados estadounidenses que vieron en sus ataques en contra de los símbolos del catolicismo una forma de regenerar a un país “pagano”. El encendido patriotismo católico y el discurso providencial de los clérigos permitieron la movilización de sectores muy amplios de la sociedad potosina, dentro de los cuales habría que subrayar la actuación destacada de las mujeres. Asimismo, la Iglesia –como muchos clérigos a título personal– contribuyó con importantes caudales para la defensa. Sin embargo, la jerarquía eclesiástica terminaría condenando la ley que nacionalizaba los bienes eclesiásticos para financiar los costos de la guerra, y aprobando la rebelión de los “polkos” en contra del gobierno de Valentín Gómez Farías.

De este modo, estos artículos arrojan luz sobre lo que sólo en apariencia es una contradicción. Ahí donde los clérigos –y parte importante de la población– identificaban la defensa de la patria con la de la religión, la Iglesia buscaba preservar un orden social y político dentro del cual pudiera llevar a cabo su misión (p. 259). La ley de nacionalización demostraba que el gobierno no era garante de este orden. Por eso las mutuas recriminaciones de traición a la patria. En la defensa “irrestricada” de la patria, parecería que Iglesia y Estado luchaban por concepciones distintas de ésta. Paradójicamente, como apunta Guardino, estas posturas irían endureciéndose hasta desembocar en la guerra de Reforma, mientras que, en los territorios perdidos, sería la tolerancia que tanto criticaba la Iglesia la que le permitiría seguir velando por la salud espiritual de sus fieles.

Dios, religión y patria pinta entonces, de modo por necesidad impresionista por tratarse de un libro colectivo, un complejo panorama en que Iglesia y religión inciden de forma determinante, moldeando las vivencias cotidianas, el discurso y los mecanismos de convivencia y dominio económico y político en una región particular, a lo largo de 100 años de transformaciones,

reestructuraciones y rupturas. Con ello, los distintos textos que lo conforman dan cuenta de la riqueza de la perspectiva local, enraizada en el trabajo de archivo y atenta al peso de las geografías locales, apuntando, al mismo tiempo, lo imprescindibles que resultan estos enfoques para una comprensión cabal de lo que significó el advenimiento de la modernidad.

Erika Pani

El Colegio de México

JAMES E. CRISP, *Confrontando El Álamo, la última lucha de Davy Crockett y otros mitos de la revolución de Texas*, Monterrey, Fondo Editorial de Nuevo León, 2009, 198 pp. ISBN 9786077577416

Aunque la historiografía estadounidense ha hecho esfuerzos encomiables en la comprensión de temas que atañen a las relaciones con México, los historiadores texanos han mostrado mucha reticencia en cambiar su visión de la colonización e independencia y sus consecuencias. La violenta toma del Álamo y el grito que resultó de “¡Remember El Álamo!” parece haberse constituido en mito que obstaculizó la revisión. Como dice el autor: “El Álamo es uno de los iconos primordiales del pasado norteamericano y el símbolo emblemático de la identidad texana”. Cualquiera que visita El Álamo se sorprende de ver la pequeña construcción, inútil para cualquier defensa.¹ En cambio, a los mexicanos nos sacude el monumento que recuerda la derrota de San Jacin-

¹ Crisp nos aclara en la p. 75 que El Álamo nunca fue diseñado para fortaleza. Además, no se podía utilizar para proteger a San Antonio de una ocupación enemiga: no dominaba ninguna ruta estratégica.